

CUATRO POETAS VASCOS ACTUALES

Conferencia pronunciada el 12 de noviembre de
1963 en la Biblioteca de la Diputación de Vizcaya
y organizada por la Junta de Cultura de Vizcaya

BREVES CONSIDERACIONES SOBRE LA POESÍA VASCA EN GENERAL

Se ha hablado y se habla aún de la «honrada poesía vascongada», con la particularidad de que en esta expresión la palabra «honrada» se halla empleada además como eufemismo.

De todos modos, es posible que, al tiempo en que fue lanzada a la circulación la repetida expresión, la poesía vasca no mereciera, en general, calificativos demasiado elogiosos. Y es que —hay que reconocerlo— la poesía vasca anterior al siglo XX fue inferior, por lo menos en algunos aspectos, a la que comenzó a cultivarse con el presente siglo.

Nos referimos, claro está, a la poesía más o menos culta, y no a la popular, pues ésta, caracterizada como todas las poesías populares por las notas de sencillez, sinceridad y humor, si bien no muy extensa, puede resistir la comparación con la de otros países, lo que por otra parte nada tiene de extraño, pues como alguien ha dicho, y muy acertadamente por cierto, es sabido que el pueblo ha sido y será siempre el gran poeta de todas las edades y de todos los países.

Tampoco tiene nada de extraño que la poesía vasca culta anterior al siglo XX no tuviera demasiada altura literaria, pues es también sabido que la literatura euskérica culta propiamente dicha es relativamente reciente, como lo prueba el hecho de que la primera obra escrita de ella —por cierto, una colección de poesías— no es anterior a los años medios del siglo XVI.

Ya en nuestro siglo la poesía vasca euskérica más o menos culta ha mejorado en general notoriamente tanto en cantidad como en calidad, pero si bien es cierto que son bastantes los poetas actuales que pueden codearse perfectamente con los de las anteriores generaciones de la literatura vasca, son escasos sin embargo los que se hallan al par de las primeras figuras de otras literaturas contemporáneas.

Naturalmente, ello no constituye ninguna corroboración de la gratuita especie lanzada hace ya más de trescientos años por un escritor castellano, concretamente por Jerónimo de Salas Barbadillo, quien en

el primer capítulo de su novela *La hija de Celestina*, obra escrita hacia el año 1610, decía que había a la sazón muchos poetas en Castilla, tantos —añadía textualmente— que se pudieran hacer a sus tiempos sacas de ellos para Vizcaya, atento a ser tierra que no los lleva y que para *tenellos* es fuerza que los traiga de fuera.

No sabemos exactamente lo que ocurriría en tiempos de Salas Barbadillo, pero cuando menos con relación a nuestros días es completamente inexacta su observación, pues actualmente forman legión los vizcaínos, esto es, los vascos, que tanto en vascuence como en castellano cultivan la poesía, como lo prueba, no sólo el hecho del gran número de composiciones que se presentan tan luego como se convoca un concurso de poesía euskérica, sino también los puestos destacados que varios de nuestros coterráneos, de todos conocidos, ocupan al presente en la poesía castellana contemporánea.

Dando de lado por hoy a los poetas del siglo XX anteriores a la generación actual, y entre los cuales los ha habido verdaderamente notables, con la particularidad de que aún viven algunos de ellos, incluso en esta provincia de Vizcaya, vamos a estudiar esta noche cuatro nada más de la postguerra, y al hablar de postguerra nos referimos más bien a la segunda guerra mundial del 39, que a la nuestra del 36.

Una aclaración, y es que los poetas de que vamos a tratar no son quizá los cuatro mejores de la postguerra, pero, eso sí, están situados, incuestionablemente, entre los seis u ocho más representativos de ella.

Y una advertencia también, y es que estos poetas de los que vamos a hablar no pueden ser tampoco conceptuados los cuatro como comprendidos en eso que hoy se llama «nueva ola».

Y a propósito de la nueva ola. Antes de entrar en la materia propia de nuestra conferencia, vamos a permitirnos unas breves consideraciones sobre la poesía actual en el mundo.

Unas palabras sobre la poesía actual en el mundo.

Es sabido que el fenómeno poético, en general, es para algunos un estado de gracia; para otros, un desahogo romántico; hay quien dice que poesía es lo puro indecible, y también, comunicación, o bien, participación, etcétera.

Pero, en fin, y sea de ello lo que fuere, lo cierto es que, de un tiempo a esta parte, las discusiones sobre estas materias se hallan centradas en torno a la poesía social, brotada, según se dice, como consecuencia del signo colectivo de nuestro tiempo. Pero, ¿qué es en definitiva

la poesía social? Hay quien opina rotundamente que toda poesía es social, pero indudablemente cuando se alude hoy a la poesía social, las más de las veces se hace referencia concretamente a la relacionada con la llamada, tanto didáctica como vulgarmente, cuestión social.

Desde luego, no falta tampoco quien entiende que «lo social está inmerso, por mandato y principio, en lo religioso».

De todos modos, la nota fundamental de la poesía social parece ser el realismo, con la particularidad de que algunos poetas de la última hornada proponen que la denominación de «poesía social» sea sustituida por la de «poesía solidaria», por estimarla más apropiada.

Es de notar, por otra parte, que si la poesía anterior a la actual iba dirigida más bien a una minoría, hoy, y precisamente por el carácter social que tiene en general la poesía actual, los poetas de la última hora, sino todos, por lo menos bastantes de ellos, parecen dirigirse a la mayoría.

Dice a este respecto un conocido poeta vasco de nuestros días: «Nada me parece tan importante en la lírica reciente, como ese desentenderse de las minorías y ese buscar contacto con unas desatendidas capas sociales que golpean urgentemente nuestras conciencias.» Y otro, éste también vasco: «Que tal vez hoy como nunca es necesaria una poesía de acuerdo con el mundo.»

Por lo demás, y así como los poetas anteriores a la presente generación daban en general una gran importancia a la forma, hasta el punto de que, por ejemplo, Valle Inclán sostenía que el verso, por ser verso, es ya emotivo, y a pesar de que haya también quienes todavía al presente estiman que la primera cualidad en el verso es la musicalidad, actualmente se tiende sin embargo a valorar más el contenido, hasta el extremo de que es frecuente que se hable hoy en día incluso de poetas «prosaístas».

De todas maneras, no estará de más que recordemos a este respecto aquellas palabras de Edgar Allan Poe: «La música, combinada con una idea grata, es la poesía; la música, sin la idea, es simplemente música; la idea, sin la música, es la prosa por su misma definición.»

Una última observación, y es que, en poesía, como en todo, las modas y los llamados movimientos de vanguardia, pasan con relativa rapidez, por lo que se ha dicho con notorio acierto, y precisamente por un poeta, que quien quiera ser muy de hoy está en grave peligro de no ser poeta de mañana.

Estas breves y previas consideraciones generales, que no pueden ser más vulgares y corrientes, las estimamos, sin embargo, necesarias o

cuando menos muy convenientes para el mejor entendimiento del modesto estudio que vamos a hacer a continuación de cuatro de los poetas vascos actuales, a saber: Iratzeder, Jean Mirande, P. Gandiaga y Gabriel Aresti.

Iratzeder.

El P. Javier Diharce, en el mundo Jean Diharce Lassegue, religioso benedictino más conocido por su pseudónimo Iratzeder, que en vascuence significa «Bello helecho», nació en San Juan de Luz el año 1920.

El año 1933 ingresó en el Seminario de Ustaritz y en el de Bayona el año 1938. Acostumbraba a pasar las vacaciones mientras fue seminarista, generalmente en Larresoro. Posteriormente —exactamente el año 1941— entró en la Orden Benedictina.

Desde entonces se halla adscrito al Monasterio de Belloc, donde reside, aunque, claro está, ha pasado algunas temporadas, principalmente por razones de salud, fuera de aquel Monasterio. Es más: el año 1943, durante la segunda guerra mundial, pasó algunos meses en el Convento de su Orden de Lazcano. Fue allí donde compuso, por ejemplo, la poesía titulada *Aralar*.

El año 1945 recibió las Ordenes Sagradas, y desde el siguiente año viene desempeñando ininterrumpidamente en Belloc el cargo de Maestro de Novicios. Actualmente es además Sub-prior del Monasterio.

Parece que la base de su formación literaria vasca la debe fundamentalmente a las obras del P. Lapitz y Jean Barbier y la revista *Gure Herria*. También ha influido literariamente en él su hermano Pierre, muy versado en las bellas letras, y el conocido escritor, director del semanario *Herria* y académico de la Lengua Vasca, Pierre Lafitte.

Es de advertir también que Iratzeder es un auténtico melómano, y en este aspecto, esto es musicalmente, y cuando menos con relación a la música vasca, ha sido formado en las obras del P. Donostia, que las conoce íntegramente.

Iratzeder se distinguió desde niño por su extraordinaria afición a la poesía, y si bien en su primera juventud escribió algunas composiciones en francés, posteriormente se ha dedicado exclusivamente, en literatura se entiende, al verso euskérico.

Ha colaborado más o menos en casi todas las revistas euskéricas. y es Director de la titulada *Othoizlari*, que se publica en Belloc.

Es autor de varias colecciones de poesías y cantos: *Pindar eta Laiño*, *Zeru-menditik*, *Mortutik oyu*, *Meza Sainduko Kantikak*, ésta última en

colaboración con el P. Lerchundi, etcétera. Tiene ya entregada también a la imprenta una nueva titulada *Salmoak*, escrita igualmente en colaboración con el mismo P. Lerchundi.

El corriente año de 1963 fue designado miembro de número de la Academia de la Lengua Vasca, y su ingreso en ella se celebró con toda solemnidad en el mismo Monasterio de Belloc el día 18 de mayo último, versando su discurso de entrada sobre el tema *Trayectoria vasca de Belloc*.

Los dos temas principales a que se contrae la obra poética de Iratzeder son la Religión y el País Vasco, aunque se encuentran también en ella bastantes composiciones, y muy bellas por cierto algunas de ellas, dedicadas por el poeta a su familia —padres, hermanos, etc.— como son, entre otras, las tituladas *Amatxo biotz zabala*, *Aitatxi*, *Ene arreba* y *Mayi*. Esta última, dirigida a una hermana suya de ojos azules, según reza la dedicatoria, lleva esta linda cantinela: «Tipidanik zoin dugun bat zuk eta nik biotza», esto es, «Desde niños tú y yo tenemos un solo corazón».

Son numerosas las poesías de Iratzeder relacionadas con el tema general de la Religión —Dios, su búsqueda, la vida del Convento, paráfrasis de salmos, etc.—, todas ellas rebosantes, al igual que las de temas profanos, de una sinceridad impresionante. Y es que, como hizo notar Pierra Lafitte en su discurso de contestación al de ingreso del poeta en la Academia de la Lengua Vasca, la poesía no es para Iratzeder un traje de quita y pon, sino su mismo aliento, su misma vida.

Entre las poesías religiosas de Iratzeder figuran las tituladas *Gólgota*, *Quam dilecta*, *Azken orena* y *Deus meus, Deus meus*.

La primera estrofa de esta última, paráfrasis del salmo 21, dice:

«¡Jainkoa, nere Jainkoa!
 ¿Zertako zaude, nitarik urrun, zertako nauzu ahantzi?
 Auhenez eta marrumaz nago., atsekabeak ithoa.
 ¿Egunaz deika, gauaz oihuka bear othe dut nik bizi?»

Es decir:

«¡Oh, Dios, mi Dios,
 ¿Por qué te has alejado de mi,
 Por qué me has olvidado?

Gimiendo y bramando me encuentro ahogado por las tribulaciones.

¿Llamándote de día y gritándote de noche,
 habré de vivir, oh Dios, mi Dios?»

Los versos finales de *Azken orena*, «La última hora», composición dedicada a un compañero suyo religioso muerto, traducidos al castellano, dicen:

«Ha muerto en paz. Es de noche. Y su cadáver, con las manos juntas, yace sobre la cama, amortajado con la gran cogulla negra.

¡Cuántas veces besó y vistió ese hábito antes de volar, con sus hermanos, en cantos nocturnos hacia el Señor, o dirigirse a predicar arduosamente a las gentes!

Helo ahí como una gran... ave cansada de volar, con las alas plegadas...

Hélo ahí muerto de agotamiento, pero conservando aún en el rostro la huella de sus místicas exaltaciones.»

Las poesías de Iratzeder de temas vascos ofrecen, entre otras, la particularidad de que varias de ellas tienen como motivo de inspiración el mar. Y subrayamos esta particularidad, porque, ignoramos las causas, pero se da el caso curioso de que la mayor parte de los poetas vascos que han escrito y escriben en vascuence, rara vez cantan el mar.

Aun recientemente nos decía el propio Iratzeder: «Uno de mis libros preferidos de lectura es... el mar de San Juan de Luz.»

Entre las poesías de motivos marinos figuran las tituladas *Arraintzale anayak*, «Los hermanos pescadores; *Itxasoa* y *Muskon*.

La primera de ellas comienza: «¡Oi itxaso zabalaren zabalaren zabalala!», «¡Oh la anchura anchurosa del ancho mar!» Y tiene aciertos como el del verso siguiente: «Biotzez beha nago itxaso-amari», «Estoy contemplando con el corazón a la madre-mar». Y la segunda, *Itxasoa*, termina: «Itxasoa! ...Zabal-zabala zare, muga gabekoa. Gogoratzten dau-tazu Gure Yaungoikoa». «¡Oh mar!... Eres ancho, muy ancho, y sin fronteras. Me haces recordar a Dios.»

De todos modos, y a nuestro juicio, una de las notas dominantes de la poesía de Iratzeder, lo mismo de la religiosa que de la profana, es un sentimiento que guarda cierta analogía con la saudade galaico-portuguesa.

La palabra saudade, que parece ser primitivamente gallega más que portuguesa, se halla indudablemente relacionada con el sentimiento o la idea de soledad.

Concretamente, y por lo menos en nuestra opinión, el concepto de soledad, más que un concepto distinto, diferente, es más bien un concepto más amplio que el de saudade, y así parecen estimarlo también la mayoría de los escritores galaico-portugueses que han tratado de la cuestión, e incluso el alemán Karl Vossler y el sueco Birute Ciplijaus-

kaite, autor este último de una obra relativamente reciente titulada *La soledad y la poesía española contemporánea* (1). En esta obra se analiza y estudia el sentimiento de soledad en Unamuno, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Guillén, Altolaguirre, Alberti, Cernuda, etcétera, pero solamente con referencia a la obra poética de Antonio Machado se usan las expresiones *saudade* y *saudoso*.

Desde luego, los escritores portugueses y sobre todo los gallegos, han matizado mucho sobre el significado de la palabra *saudade* y sobre el concepto que la misma envuelve y entraña.

Hay quien dice que la *saudade* es la melancolía que en los días ensombrecidos invade el espíritu, y también, que consiste en gozar de la soledad que nos envuelve, no faltando tampoco quien afirme que el alma galaico-portuguesa encarnó en el cuerpo de esta palabra *saudade*.

Por ello, claro está, la *saudade* se considera como algo propio exclusivamente de la poesía y la literatura galaico-portuguesas, pero, de todas suertes, es lo cierto —repetimos— que la *saudade* se halla incuestionablemente relacionada con el sentimiento de soledad, y este sentimiento de soledad, pero además —y valga la expresión— de una soledad *saudosa*, es precisamente, a nuestro juicio —lo repetimos igualmente— una de las notas dominantes de la poesía de Irtzeder.

Es más: dice concretamente en una de sus composiciones:

«Las aflicciones me cercan
Y no tengo a nadie junto a mí...»

Consecuentemente, bien pudiera afirmarse que, en la poesía euskérica actual, Irtzeder representa y personifica ante todo y sobre todo la sinceridad, pudiendo ser calificado además, si la expresión fuere de recibo, como el poeta de la *saudade* vasca.

Jean Mirande.

Jean, o Johane, Mirande Ayphasoro nació en París el año 1927. Se le considera sin embargo más bien como suletino, por razón indudablemente de la ascendencia zuberotarra de sus mayores.

Sus estudios se hallan relacionados con la lingüística, la filosofía y el derecho, y ocupa actualmente un alto cargo en el Ministerio de Finanzas de Francia.

Reside habitualmente en París, pero ha viajado por España, Alemania, Austria, Inglaterra, Irlanda, Italia, Bélgica, Holanda, etcétera.

(1) Madrid, «Insula», 1962.

Habla y escribe el vascuence en todos o casi todos sus dialectos; el francés, naturalmente; el inglés, el castellano y las lenguas célticas, esto es, el bretón, el galés y el gaélico, y posee también conocimientos del griego, del latín, del italiano, del holandés, del provenzal e incluso del hebreo.

Ha colaborado, con trabajos tanto en verso como en prosa, en casi todas las revistas eúskaras —*Elgar, Egan, Euzko-Gogoa, Igela*, etcétera— y en algunas francesas, inglesas, alemanas y hasta bretonas, como la titulada *Ar Stourmer*.

Es académico correspondiente de la Lengua Vasca, y hace un par de años fue propuesto para numerario, pero, por motivos que no hacen al caso, fue el mismo quien hizo que los proponentes retirasen su candidatura.

Sus poetas predilectos parecen ser Edgar Poe, de quien arranca indudablemente, en parte al menos, la poesía moderna, y los franceses Baudelaire, Verlaine, Villón, Bertrand de Born, Kerverzhiau, bretón este último, etcétera, siendo sus escritores preferidos, además de la mayoría de los ingleses tanto clásicos como modernos, los franceses Gobi-neau y La Rochefoucauld, los españoles Ortega y Gasset y Pío Baroja, los alemanes Nietzsche y Spengler, y el latino Petronio.

Dando de lado sus ideas religiosas, sociales y políticas, bastante personales por cierto —Jean Mirande tiene indudablemente algo de lo que hoy se llama un inadaptado—, y también sus aficiones, que parecen distribuirse entre la lingüística, las novelas y películas policíacas y terroríficas y el whisky, y con relación concretamente a la poética, Mirande es ante todo enemigo de la poesía y en general de la literatura llamada en nuestros días «comprometida». Aun recientemente nos escribía diciendo que el poeta no debe ser en modo alguno un «engagé». Por lo demás, entiende que el poeta debe huir tanto de la predicación como de lo social, y procurar el cultivo de la poesía estrictamente pura.

De acuerdo con este ideario poético, tiene Mirande algunas composiciones, sobre todo de su primera época, modelos de poesía pura.

He aquí una de ellas. Es muy breve y se titula *Igelak*, «Las ranas».

«Aintziko urerat
 ilhargi-laurden bat erori zen,
 Zuri, yori,
 gauko zitu zorhi;
 igelak yan dute, igeltxo igeldariek,
 Orain, aldiz,

intzirika daude igel igeltxoak,
 igel igeltxo zoroak...
 Gau-minean
 aintziko igelak dute, ai! ei!
 ilhargi-min.»

Que traducida al castellano, viene a decir:

«En el agua del estanque
 cayó un día un cuarto de luna,
 blanco, pleno,
 fruto maduro de la noche,
 y las ranas, las ratinas nadadoras lo comieron.
 Ahora, de vez en vez,
 gimen las ranas ranitas,
 las ranas ranitas locas...
 Y es que en el corazón de la noche
 las ranas del estanquen
 sienten ¡ay!
 el mal de luna.»

Como composiciones escritas bajo la influencia de Bertrand de Born y los viejos trovadores franceses, podemos citar la denominada *Jauregi otzean*, «En el frío castillo», bellísima de forma. Y es que Mirande tiene una extraordinaria capacidad de expresión. En este aspecto, Mirande es quizá uno de los primeros poetas euskéricos de todos los tiempos.

He aquí como prueba de ello el comienzo de su poesía *Zergatik*, «Por qué»:

«Zergatik ikasi
 Ahanztekotz gero
 Ikasiak oro?
 Zergatik ikhusi
 Ainbertze lurralde,
 Hainbat, hainbat yende?
 Ezer ezin eutsi...
 Zergatik laztandu?
 Zergatik higuindu?
 Bihar edo etzi,
 Non naiz neu izango?»

«¿Por qué aprender para olvidar inmediatamente todo cuanto se
 ¿Por qué ver tantos países, tantas y tantas gentes? [aprende?
 Nada se puede retener...
 ¿Por qué amar? ¿Por qué odiar?
 Mañana o pasado, ¿dónde me encontraré yo?»

Tiene, desde luego, algunas composiciones de clara influencia bo-
 deleriana, como, por ejemplo, la titulada *Lili bat*, «Una flor».

Sus estrofas primera, tercera y última, traducidas al castellano,
 dicen así:

«Floreció desde hace largo tiempo, hermosa a nuestros ojos, pues
 es el estiércol de nuestros corazones el que la abona y la hace crecer.

El veneno de esta flor de cementerio, alimentada con la ceniza de las
 antiguas osamentas, ha destruido la raza de nuestros padres, y nos de-
 bilita a los hijos.

¡Ah! ojalá pueda un viento llegado de lo alto golpear en mi jardín
 y secar esa flor envenenada que se llama... la esperanza.»

Con todo, lo que en las poesías más características de Mirande campea
 es, aparte su sed de cosas extrañas, un cierto aire entre panteísta y
 pagano, que ofrece además en ocasiones algunos toques de ironía y aún
 de humor negro.

Así son varias de sus mejores poesías, como *Otso*, «Lobo»; *Paranoya*,
Undina, *Oroituz*, «Recuerdo»; *Eresi*, «Elegía» y *Neskatxak*, «Las Ví-
 rgenes».

Daremos lectura, en versión castellana, a las primeras estrofas de
 esta última, de *Neskatxak*:

«Yo os añoro, vírgenes, vírgenes agridulces de quince años, con
 todo mi deseo.

En los estanques de vuestros ojos rebosantes de fatalidad, yo me
 hundo, yo me ahogo.

¡Vírgenes! Vosotras sois la duce miel, leche y trigo candeal de
 mi extremada hambre.

Dos jóvenes hermosas bailaban. No lo sé en qué país...

Sus brazos largos, delgados, entrelazados cantaban para mi un poe-
 ma cruel de serpientes.

Al borde del agua las dos se besaban...»

De todas suertes, la obra poética de Jean Mirande —espíritu verdaderamente selecto— es, por su auténtica calidad literaria, una de las más valiosas de las letras vascas euskéricas en los últimos años.

P. Gandiaga.

Entre los poetas presentados el año 1956 al Certamen literario conmemorativo del Año Jubilar de la Virgen de Aránzazu, llamó particularmente la atención del Jurado uno de factura y concepción completamente distintas de las de todos los demás trabajos que llegaron al Concurso, y, por unanimidad, fue galardonado con el primer premio de poesía.

Abierta la plica correspondiente, resultó ser su autor el P. Victoriano Gandiaga, quien a la sazón contaba 28 años de edad, y si bien es cierto que había ganado ya anteriormente algún otro premio de poesía, era no obstante casi desconocido en las letras vascas.

Uno de los pasajes de aquel poema, titulado *Elorriko lorak*, que más impresionó a los miembros del Jurado, fue el que comenzaba:

«Ementxe dago arkaitza.
Ume nintzanean,
Soin gabeko poema bat
Usmatu neban, eziña,
Arkaitz zurtz onen gañean.»

Esto es:

«La roca se mantiene en el mismo lugar.
Siendo niño, barrunté un poema incorpóreo e imposible,
Sobre esta solitaria roca.»

Este pasaje se recoge y repite en el poema *Elorri*, al que luego nos referiremos, del propio P. Gandiaga.

Victoriano Gandiaga Arteche nació el año 1928 en un pueblecito de las proximidades de Guernica llamado Mendata, si bien el caserío Orbelaun, en que vio la luz primera, pertenece eclesiásticamente a Arrazua.

El año 1940 ingresó como novicio en el Convento de Franciscanos de Aránzazu, siendo dicho Convento y los de Forua, Zarauz y Olite los lugares de sus primeros estudios.

Ordenado ya de sacerdote el año 1954, continúa en el mismo Convento de Aránzazu, ya de profesor.

Uno de sus libros preferidos de lectura parece ser *El Quijote*, que constituye, según él, el mejor oxígeno para su alma.

Entre sus poetas predilectos figuran, según nos manifestaba él mismo hace unos días, Horacio, San Juan de la Cruz, Fray Luis de León, Quevedo, Bécquer, Verdaguer, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez —la influencia de éste es bastante clara en algunas composiciones de Gandiaga—, Dámaso Alonso y Rabindranat Tagore. Y por lo que se refiere concretamente a los poetas vascos, Lizardi, Orixe, el P. Salvador Michelena, los dos Arrese, Lauaxeta, Gabriel Manterola y Jáuregui.

Ha colaborado en varias revistas euskéricas y principalmente en *Egan*, donde ha publicado algunas de sus poesías más características, como las tituladas *Jaunaren gauzen aurrean* y *Maiteari*.

Ultimamente, es decir, este mismo año, ha obtenido el primer premio de poesía *Olerti*.

De todos modos, en la actualidad es conocido principalmente por su poema *Elorri*, «Espino», publicado el año 1962 y del que existe una cuidadosísima traducción castellana debida al P. Pedro Anasagasti.

Es autor también de algunos interesantes trabajos en prosa, como el titulado *Arantzazuko Folklore-gaien biltzeaz*, que fue publicado el año 1956 en la revista *Euskera*, de la Academia de la Lengua Vasca. Colaboró también con Angel Irigaray en la obra de este *Euskalerriko Ipuñak*.

Preguntado aún recientemente sobre el concepto que tiene de la poesía en general, contestó el P. Gandiaga textualmente: «Me costaría mucho el concretarlo.» Y añadió: «Para salir del paso me remito a la composición que figura en la página 24 de mi poema *Elorri*.

Esta composición, traducida al castellano, dice en síntesis lo siguiente:

«Busco mi palabra...

Busco mi palabra...

Quiero... aquella palabra sin límites
de ese diccionario que conocen los viejos recuerdos...

Sin historias...

Sin imagen...

Quiero la palabra desligada,

Como una difusa música,

Como un vago perfume,

Como un vago color no nacido, y soñado.»

Del repetido poema *Elorri* del P. Gandiaga nos dice el P. Villasante en su estudio-prólogo:

«¿Un nuevo poema sobre Aránzazu?, preguntará el lector. Hace doce o trece años que apareció el poema *Arantzazu*, del P. Salvador Michelena, compuesto a base de la historia de Aránzazu. Este de ahora es completamente distinto. Lo que el autor canta aquí es el drama de su propia vida, que es un poco el drama de todos los humanos, y como este drama lo ha vivido en Aránzazu, por fuerza lleva el poema un color local acentuado. El tema es, pues, eminentemente humano y universal.»

Exacto, pero como advierte el propio P. Villasante en el mismo estudio-prólogo, el P. Gandiaga «sabe dar al misterio de la vida una respuesta jocunda». Y es que una de las notas peculiares de la obra poética del P. Gandiaga es sin duda la alegría. La alegría hermana de la salud, que dijo Musset. Una alegría que es fiel reflejo del carácter y del alma del autor. Una alegría, en fin, que hace honor además a la sombra gloriosa del Seráfico Fundador de la Orden religiosa a que pertenece, esto es, una alegría franciscana, porque, como hace observar Chesterton, el verdadero ascetismo franciscano no es nunca sombrío.

Canta Gandiaga en *Elorri*:

«Me pide mi corazón,
 Sólo me pide una cosa.
 En ella goza y se alegra.
 Me pide mi corazón,
 Sólo me pide una cosa.
 Y Tú otra muy diversa.
 Eres duro a mi alegría.
 Tú, alegre y luminoso,
 Estrujas mi corazón
 Pisándolo con Tus pies...
 Son rojas varas Tus piernas
 En sangre nueva y caliente.
 Cómo triscas, sin cansarte,
 Apabullando y filtrando
 Las uvas de mi alegría!
 ¡Oh, pisador del lagar,
 Con rojas flores de sangre,
 Pisador entusiasmado,
 Mi constante pisador:

Pisa y calca mi alegría
 Y estrújala sin piedad.
 El gozo de tu alegría
 Me place más.»

En la versión euskérica original dicen estos versos finales: «Zure pozaren poza gozoagoa yat».

Se ha dicho que en todas las cosas que existen puso Dios algo de la eterna belleza, y que el toque está en saber descubrirlo. Pues bien; este toque lo tiene el P. Gandiaga y lo usa y aplica además con aire de modernidad.

Dice en *Elorri*, en la traducción del P. Anasagasti:

«Las cosas... Las cosas...
 Bellos los árboles, bellos los caminos,
 Bellos los «Mercedes» veloces que arriban de la ciudad.
 Hierven los prados y los zarzales:
 Candiles y teas de sutiles y luminosas llamas.
 Las cosas...
 Y las alegres llamas reinan en todas partes.
 Las cosas...
 Y la llama pura,
 Y cascadas de luz,
 Y luminosa ceguera,
 Y deleitosas conmociones interiores.
 Domina el tiempo el afán de los grillos.
 Joven y agraciada, la despierta tierra.
 Doquier claridades.
 Reinado decisivo de la luz,
 Hija de la belleza inextinguible e íntima de las cosas.»

Resumiendo: Gandiaga es un poeta nato, un poeta en el más puro sentido de la palabra, un poeta que canta con la misma naturalidad con que lo hacen los pájaros. En suma: un poeta auténtico. Ello no obsta, claro está, para que Gandiaga someta sus composiciones a una severa poda, como lo han hecho siempre la mayor parte de los grandes poetas. El mismo Lope de Vega, que como es sabido trabajó generalmente de prisa y a alta presión, dice sin embargo en una de sus comedias, exactamente en *El guante de doña Blanca*: «Lo mejor del poeta es lo borrado, no lo más limpio que pensó primero...»

Pero aún nos resta algo que decir del P. Gandiaga. Y es que muchas de sus composiciones poéticas nos hacen recordar estas palabras de Montesquieu: «Algunas veces hay en las personas y en las cosas un encanto invisible, una gracia natural que no se ha podido definir, y que ha forzado a denominarla el *no sé qué*.»

Gabriel Aresti

Gabriel María Aresti Segurola nació el año 1933 en el Barrio de Albia de la vieja anteiglesia de Abando, hoy Bilbao.

Se halla en posesión del título de Profesor Mercantil, y es actualmente Jefe de Contabilidad de la Empresa Maderas Reunidas, de Llodio, pero continúa viviendo en Bilbao.

Fue nombrado, a los 23 años de edad, correspondiente de la Academia de la Lengua Vasca, y ha obtenido numerosos premios en diversos concursos literarios, a saber: Primeros premios en los certámenes de poesía organizados en memoria de Loramendi y Orixe los años de 1960 y 1963, respectivamente; primer premio de teatro Toribio Alzaga el año 1961; varios premios en concursos de cuentos, etc.

Por lo que se refiere a sus preferencias, no siente entusiasmo alguno por los clásicos griegos y latinos. De la edad «oscura» le agradan Dante, Chaucer y Berceo. Los poetas y escritores de la época renacentista no le son en general simpáticos, a excepción de Boccaccio y Rabelais. Después, y cronológicamente se entiende, hasta el modernismo, le interesa Shakespeare. Del siglo XIX le complacen, entre otros, Ibsen, Dostoyesky, Baudelaire, Verlaine, Whitman, Curros Enríquez y José Asunción Silva.

En su poema *Maldan Behera*, con el que logró el premio Loramendi, se advierten claras huellas simbolistas, pero posteriormente se ha entregado totalmente a la llamada poesía social, y en su obra poética actual se vislumbran influencias de Neruda, Vallejo, Otero, Guillén, Alberti, Aragón, Mayakowsky, etc., aunque se observa también que jamás ha abandonado la lectura y el estudio de la poesía popular vasca, del bersolarismo antiguo sobre todo, del que ya en la conferencia que pronunció el año 1960 en San Sebastián sobre *Poesía y poesía vasca* dio claras muestras de ser perfecto conocedor.

Desde luego, su último poema, *Harri eta Herri*, pertenece de lleno a la poesía social, pero sin embargo se refleja también en él la influencia del viejo bersolarismo, por lo menos en la forma. Y es que Gabriel Aresti ha sabido extraer, recoger y aprovechar diligentemente del viejo bersolarismo todo lo que hay en él de interés literario.

Es también autor de cuatro obras teatrales, las únicas quizá que de teatro moderno —por lo menos en el aspecto temático— existen en la literatura euskérica. Sus títulos son: *Cencerrada en el pueblo fronterizo*, *El hijo pródigo de la casa rica* y *el Santo hijo de María Magdalena*, *Una chabola en Ollargan* y *Y en la hora de nuestra muerte*. Con la primera, en la que se advierten algunas reminiscencias de Valle Inclán, logró el premio Toribio Alzaga 1961.

Parece que actualmente prepara la edición de dos novelas cortas y de una colección de cuentos inéditos titulada *Ipui moreak*, «Cuentos morados», en la que tiene el propósito de recoger también algunos ya publicados.

Por lo demás, es lo que se llama un traductor perfecto, siendo realmente notables, por ejemplo, sus versiones euskéricas de algunos poemas de Blas de Otero, Gabriel Celaya, Angela Figuera y José María Basaldúa publicadas el año 1961 en la revista *Egan*.

Gabriel Aresti es un hombre muy discutido como poeta y como escritor en general. Siempre que se presenta a concursos literarios, y se presenta a casi todos, da lugar a apasionadas discusiones entre los miembros de los Jurados calificadoros correspondientes.

Se le achaca por algunos que su vascuence es excesivamente popular y recargado de erderismos, y también, que su humor, tocado de ironía y de escepticismo, linda en ocasiones con la irreverencia.

Pero en fin, y sea de ello lo que fuere, la prevención con que le miran no pocos como poeta, es posible que obedezca, en parte cuando menos, al hecho de que Gabriel Aresti ha roto casi totalmente los moldes de la tradicional poesía euskérica, que es preciso reconocer que, en general, y con algunas honrosas excepciones, había caído en el amañamiento. A lo largo de estos cincuenta años ha habido ocho o diez poetas euskéricos de fuerte, sana y auténtica inspiración, pero a su lado, y por contra, han existido bastantes, y Dios sabe que nos duele el anotarlos, que han cultivado una poesía que no podemos por menos de calificarla de decadente.

Gabriel Aresti tiene hoy un puesto aparte en la poesía vasca euskérica. Así resulta tanto de sus aludidos poemas *Maldan Behera* y *Harri eta Herri* y los titulados «Mi gracia es Juan» y «Los corazones de Juan», todavía inéditos en parte, como de aquellos otros que, con el título de *Bizkaitarra*, ha venido publicando en *Egan*, con sus versos de entrada al estilo clásico popular:

«Iretargi barriak eztauka argia,
 Ez gauberdiko eguski otzak berorik,
 Ezta egongo Bizkai maite iños penadu bagarik,
 Alan diragutsue Gabriel Arestik.»

Esto es:

«La luna nueva no tiene luz,
 ni el frío sol de medianoche ningún calor.
 Nunca estará nuestra querida Madre Vizcaya sin sufrir,
 Así quiere decíroslo Gabriel Aresti.»

En estos pequeños poemas titulados *Bizkaitarra*, todos ellos de un marcado sabor popular, se encuentran algunas encantadoras estrofas como ésta:

«Eztot besterik gura tellatu bat baño,
 eta onen barruan mai bat idazteko,
 andra maitagarri bat niri laguntzeko.
 Beste gauza guztiak deabruentzako.»

«No deseo otra cosa
 Que un tejado sobre mi cabeza
 Y debajo de él una mesa
 En la que poder escribir,
 Y una mujer cariñosa
 Que me quiera ayudar en la tarea.
 Todas las demás cosas que se las lleve el diablo.»

Vamos a dar lectura seguidamente a la traducción castellana de dos fragmentos del repetido poema *Harri eta Herri*, con el que ha logrado Gabriel Aresti este año el aludido premio Orixe.

Dice uno de ellos:

«Sobre mi tumba habrá cuando me muera
 la siguiente inscripción:
 Aquí yace Gabriel Aresti Seguroola. En paz descanse.
 Pérez y López, marmolistas, Derio.
 También se podrá ver en la Biblioteca de Vizcaya
 —si es que no soy excomulgado—
 un libro —acaso, no es seguro—
 que nadie leerá,

que llevará mi nombre.

Y un hombre dirá

cuando los cardos florezcan:

«Como mi padre dijo, también debo decir...»

(Todos los años por Todos los Santos

una mujer me vendrá a visitar con una corona de flores.)

Que Dios no quiera que le pongan mi nombre

a una calle de Bilbao.

(No quiero que un barbero borracho pueda decir:

«Yo vivo en Aresti con la vieja cuñada de mi hermano.

Ya la conoces tú. La coja».)

Pienso a veces que los dichos antiguos se equivocan.

Pienso que mi nombre

es mi ser

y que no soy otra cosa

que mi nombre.»

Dice el segundo fragmento:

«Defenderé

la casa de mi padre.

Contra los lobos,

contra la sequía,

contra los usureros.

Contra la justicia

defenderé

la casa

de mi padre.

Perderé los ganados,

los campos,

los pinares.

Perderé los dividendos, los intereses, las rentas,
pero defenderé la casa de mi padre.

Me cortarán las manos

y con los brazos defenderé

la casa de mi padre.

Me dejarán sin brazos,

sin hombros y sin pechos,

pero con el alma defenderé

la casa de mi padre.

Me moriré,
 se perderá mi alma,
 se perderá mi prole,
 pero la casa de mi padre
 continuará en pie.»

Con sus singulares dotes poéticas y su irrefrenable vocación literaria, Gabriel Aresti es una de las más firmes esperanzas de la literatura vasca euskérica de hoy. Y decimos esperanza, porque aunque es ya una figura bien perfilada, es indudable que, por ejemplo, su estilo, por otra parte inconfundible, puede él todavía mejorarlo, sobre todo en los trabajos en prosa. Y porque además ignoramos cuál puede ser su andadura futura, puesto que tenemos la impresión de que aún se encuentra en esa etapa crítica por la que atraviesan casi todos los artistas, sobre todo cuando son jóvenes, y que le hizo decir un día a uno de ellos: «Sé perfectamente lo que no quiero, pero aún no sé exactamente qué es lo que quiero.»

PALABRAS FINALES

Damos por terminado nuestro estudio de los cuatro poetas.

Desde luego, si nos animamos y decidimos a ocupar hoy esta tribuna, fue principalmente con el propósito y la finalidad de aportar nuestro modesto grano de arena a la labor de conservación de la lengua vernácula, del euskera, del vascuence, tanto popular como literario.

Por cierto que se da la circunstancia de que en el vascuence, quizá más que en otra lengua cualquiera, el cultivo del idioma precisamente en verso parece constituir uno de los medios más idóneos para la precitada conservación.

Que la poesía popular y sobre todo el llamado bersolarismo, de cuya entraña, significación e importancia, no se ha dicho por cierto todavía la última palabra; que la poesía popular y el bersolarismo, repetimos, contribuyen de manera extraordinaria a la conservación del vascuence, no puede ser más patente. Indicio claro de ello es, por ejemplo, que de la obra *Bersolarien Txapelketa* publicada por el P. Zavala y que se reduce a la colección completa de las composiciones improvisadas por los distintos concursantes en la final del Campeonato de bersolaris del País Vasco, celebrada en San Sebastián el día 30 de diciembre de 1962, se hayan vendido en pocos meses cerca de cinco mil ejemplares, batiéndose así por mucho todos los records de venta de obras euskéricas.

Por lo que se refiere al vascuence literario, es de notar que si bien es cierto que el autor principal de un idioma parece ser el pueblo, no lo es menos que también los poetas, a la manera misma de los pueblos, suelen ser también inventores y maestros de los idiomas, siendo evidente que, por lo que se refiere concretamente a las lenguas literarias, han sido ordinariamente los poetas los que las crearon y perfeccionaron.

Y volviendo al tema de la conservación del vascuence, repetimos lo que en otras muchas ocasiones hemos dicho: que, aparte razones de carácter más o menos sentimental que nos mueven a procurar la conservación del vascuence, el problema de la guarda de nuestra lengua vernácula constituye indudablemente una cuestión de orden marcadamente cultural.

Y es que, claro está, si hay quienes se preocupan, por razones culturales, de la conservación de un monumento inanimado de piedra de hace veinte siglos, por ejemplo, nada tiene de extraño que, por las mismas razones, nos preocupemos otros de la conservación de un monumento lingüístico muy anterior, como es el vascuence, y viviente todavía, gracias a Dios, por añadidura.

Nada más.

Antonio Arrue.